

CANCUN, 21 de octubre. — A riesgo de formular un esquema demasiado simple, considere el lector la posibilidad de que quien haya venido a Cancún no sea, en rigor, el presidente de Estados Unidos, sino el actor Ronald Reagan. Es decir, que se presente en el escenario del hotel Sheraton no a ejercer las responsabilidades de quien gobierna la mayor potencia mundial, sino a representar un papel. . . que no corresponde a las realidades.

En efecto, el Reagan verdadero, el que en lo interno protagoniza la mayor involución conservadora en la historia de Estados Unidos y en lo externo se propone hacer que reverdezcan los laureles del gran imperio, habló por última vez en Filadelfia, el 15 de octubre, de su posición rígidamente apegada a las fórmulas de un liberalismo económico obsoleto (y a las que se refirió, sin mencionarlas expresamente pero de manera inequívoca y condenatoria, el presidente López Portillo en su discurso ante Mitterrand el lunes por la noche).

Pero allí mismo, Reagan comenzó a colocarse los afeites que le son necesarios para su representación, hoy y mañana, aquí. Dijo a los miembros del Consejo de Asuntos Mundiales que viene a Cancún dispuesto a aprender. Unos días más tarde, al encontrarse con el presidente francés, que lo visitó el domingo antes de venir a México, le hizo saber que acudiría a la reunión cumbre con ánimo flexible. Y repitió la fórmula al presidente López Portillo, cuando se encontraron por cuarta vez en este año. Ahora durante media hora a su llegada al aeropuerto de Cancún.

Esta modificación en la actitud del presidente Reagan parece contradecir los vaticinios muy generalizados respecto de su dureza en la reunión cumbre. Uno de esos augurios es el de Richard Barnett, cofundador del Instituto para Estudios Políticos, de Washington, y que fue asesor de política exterior durante la administración del presidente Kennedy. Descreído, Barnett dijo hace dos semanas que "es inútil esperar alguna respuesta positiva de Washington sobre los problemas entre el Norte y el Sur", por lo que el resto del mundo "haría mejor en buscar otro camino para salir adelante, en lugar de motivar a Estados Unidos para mantenerlo involucrado en el diálogo".

El Reagan verdadero

Miguel Angel Granados Chapa/enviado

Sin embargo, Barnett advirtió sobre esta posibilidad:

"Estados Unidos reiterará sus viejas posiciones y quizá haga algunas proposiciones sin importancia, a modo de maquillaje".

Quizá por eso Reagan adoptó ahora el lema de la flexibilidad.

Pero, para no caer en una trampa, habría que confrontar sus palabras con la realidad. Lo peor que podría pasar, por ejemplo, es que Reagan salga de Cancún convertido en el héroe de la cooperación internacional sin que realmente lo sea. Por ejemplo, es posible que admita la reanudación de las negociaciones globales en la ONU. Con ello iría por completo en contra de su postura en los nueve meses en que ha ejercido el cargo, posición consistente en preferir los tratos bilaterales a toda clase de acciones multilaterales.

Se conoce bien, por ejemplo, el modo de que su embajadora en la ONU, Jay Killpatrick, torpedea las labores de esa organización. Ha llegado al punto, recientemente, de reprochar por escrito a algunos delegados de países a los que juzga sometidos al designio estadounidense, su voto en determinado sentido. Atribúyase parte de ese comportamiento a la digamos peculiar personalidad de la señora Killpatrick. El otro día apareció inopinadamente en una fiesta ofrecida por la delegación de Corea del Norte (con quien Estados Unidos no tiene relaciones) quizá por haberla confundida con la otra Corea, la suya. Pero, eso aparte, no hay duda que la embajadora cumple la función que corresponde a la idea que la ONU merece al gobierno republicano.

A fines de septiembre (hablamos ahora de la actitud de la administración Reagan frente a los organismos especializados de las Naciones Unidas), la representación estadounidense condujo al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial

a adoptar posiciones endurecidas respecto de las que en mayo anterior se habían apuntado en Gabón. Por ejemplo, no se incrementó el nivel real de los préstamos a los países en desarrollo, que con la inflación reciben hoy créditos mucho menores en términos reales que en los años recientes. Y aun en el terreno de los nuevos mecanismos, como el fondo de alimentación, se fijaron por instancias estadounidenses normas tan rígidas, que en cuatro meses sólo un país ha tenido acceso a los empréstitos para comer.

Al organismo encargado de la preservación del medio ambiente Washington le ha retirado su aportación, que suma el 30 por ciento de su presupuesto; la UNESCO está en riesgo de ver reducidas sus operaciones, por la misma razón, a causa del disgusto estadounidense por las proposiciones del organismo en materia de comunicación social. La conferencia sobre el derecho del mar, que había arribado a la mayor codificación internacional en la historia del mundo, con amplísimo consenso, tuvo que frenar sus actividades por un virtual veto estadounidense.

Todos esos hechos sólo podrán borrarse con hechos, no con palabras. Ni con sonrisas. Nadie debería admitirlo. Y menos debería aceptarse el virtual chantaje que puede ejercer sobre las naciones del Sur el señor Reagan. Partiendo de su dureza expresada en palabras y hechos, el señor Reagan habla ahora de flexibilidad. Puede hacer concesiones. . . y a la vez reclamarlas. Con lo cual saldría ganando por partida doble, si no enmienda en la práctica su política ante los mecanismos multilaterales y además gana el aplauso del respetable.

Aunque, claro, siempre hay que dejar abierto al menos un resquicio a la esperanza y al optimismo. Hay condiciones objetivas que pueden inducir a un cambio verdadero: hasta los más firmes aliados pueden dejar de serlo, como los gobiernos de Alemania Federal o aun de la Gran Bretaña, cuando los respectivos intereses entran en colisión. Hoy mismo, lord Carrington aceptó las negociaciones globales, en nombre de la otra irreductible señora Thatcher. Y además, los hombres son redimibles. Incluido el señor Reagan.